



SERMÓN 8

Migajas

HIMNO INICIAL

Nunca desmayes – HA 420

SALUDO

Qué alegría recibir a cada uno de ustedes para el octavo tema de *Miércoles de poder*. Es muy bueno tenerlos con nosotros. Estamos estudiando algunos de los milagros de Jesús y cómo estos nos animan a creer, amar y servir al Dios que continúa realizando milagros hoy, en el contexto del tiempo del fin. Esta noche, reflexionaremos en el milagro realizado en la vida de una madre extranjera que fue rechazada por los judíos y recibida por Jesús.

INTRODUCCIÓN

La mujer se convierte en madre con la concepción del primer hijo. Con la maternidad, se acumulan alegrías, lecciones transformadoras y desafíos en cada etapa del desarrollo. Cada madre tiene su propia “lista” de alegrías, lecciones y desafíos. De modo especial, lo destacado de hoy son las madres que tienen hijos con alguna limitación de salud. Ellas se esfuerzan al máximo todos los días para proporcionarles lo mejor que pueden a sus hijos. Y no fue diferente con la madre que es el personaje bíblico de nuestra reflexión de hoy.

DESARROLLO

La mujer cananea (o sirofenicia) no está identificada en la Biblia por su nombre. Poco sabemos sobre esa mujer, pero su fe fue registrada debido a su valentía y persistencia. Ella vivía en la región que hoy corresponde al Líbano, y su pueblo era odiado y despreciado por los judíos (la región que hoy corresponde a Israel). Ella era descendiente de los cananeos, quienes habían causado mucho sufrimiento al pueblo de Israel en el pasado. Los judíos llamaban ‘perros’, a los cananeos en un sentido peyorativo, algo como “callejero sarnoso”. Para agravar la situación, la mujer tenía una hija que sufría demasiado porque estaba poseída por el demonio, pero la fe de la madre era sólida como la roca. Una fe viva impulsó a la mujer a enfrentar el prejuicio de su época y buscar la sanidad para su hija. Veamos el drama de esa historia en Marcos 7:24-30.

“Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama”.

La mujer supo de Jesús por medio de judíos que vivían en su país. El amor de madre la animó a buscarlo. Cristo ya sabía de la situación de esa mujer y planificó su ruta para encontrarla y romper barreras construidas por el prejuicio y el orgullo judío. La crisis y la desesperación de esa mujer pueden entenderse por los relatos de Mateo y Marcos, al informar que su única hija estaba endemoniada y sufría mucho.

A lo largo de la vida, tendremos experiencias desagradables con enfermedades, con la soledad, con accidentes, con calamidades, con injusticia, con prejuicio y con la muerte. La vida no siempre parecerá “justa”. La mayoría de nosotros ya se ha preguntado en algún momento por qué Dios permite que le sucedan cosas malas a personas inocentes. Deténgase y piense por un momento: ¿cómo estaba esa mujer emocionalmente? Muchos de nosotros cargamos diversas preocupaciones por los hijos, pero convivir con un hijo que está poseído por un demonio

debe ser algo terrible. Algunos problemas son inevitables, otros, inesperados, y necesitan ser resueltos con la sabiduría de Dios para no causar mayores perjuicios.

La actitud de Cristo hacia la mujer, de aparente indiferencia, era un comportamiento típico de los judíos. “Con ello quería que sus discípulos notasen la manera fría y despiadada con que los judíos tratarían un caso tal evidenciándola en su recepción de la mujer, y la manera compasiva con que quería que ellos trataran una angustia tal, según la manifestó en la subsiguiente concesión de lo pedido por ella” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 366).

En el diálogo entre Jesús y la mujer se observa que ella mantenía una fe sólida ante el contexto difícil en el que se encontraba. Insistía en presentar su necesidad con creciente ardor, porque notó la compasión que Cristo no lograba esconder. Esa mujer no tenía prejuicios e inmediatamente aceptó a Jesús como su Redentor.

El clamor de la mujer incomodó a los discípulos, y ellos le pidieron a Cristo que la despidiera. Jesús les respondió: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mat. 15:24). A pesar de estar en tierra extranjera, Jesús enfatizó cuál era su misión: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). El pueblo del Mesías lo rechazó, pero la mujer cananea se acercó a Jesús y lo adoró, diciendo: “¡Señor, socórreme!” (Mat. 15:25). La adoración de la mujer aparentemente no tuvo efecto, porque Jesús respondió: “Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos (Mar. 7:27). Jesús estaba enfatizando que su misión estaba vinculada a la casa de Israel, y atender al pedido de la mujer sería comparable al acto de un padre de familia que toma el pan de los hijos y se lo da a los perritos.

La mujer continuó, audazmente, desafiando una ideología de favoritismo de los judíos. Ella reclamó su lugar en el plan de Dios. No permitió que nada la extraviara de su objetivo. Ella apartó a los discípulos; ignoró el silencio de Jesús y su observación sobre haber sido enviado solo al pueblo de Israel. Ella simplemente se rehusó a dejar que las circunstancias la desviarán de su propósito.

La respuesta de la mujer cananea es sorprendente, pues ella no se victimizó al ser comparada a los perrillos y respondió: “Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos” (Mar. 7:28). Ella confirmó lo que Jesús le dijo, pero, enfatizó que no buscaba el

alimento destinado a los hijos, sino las migajas que caen para los perritos. Para la mujer, las migajas de la mesa del Hijo de David eran suficientes para resolver su problema.

Jesús le respondió: “Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acosada en la cama”. Allí terminó una guerra espiritual, por la intervención de Dios y de la insistencia de una madre perseverante y resiliente que no perdió el foco, en ningún momento, de la bendición que había ido a buscar.

LLAMADO

Si usted lucha con la enfermedad crónica o terminal de su hijo, no se desanime. El Señor está con usted. Si enfrenta discriminación, persecución o prejuicio de algún tipo, sepa que el Señor es quien la bendice, le da paz y le concede oportunidades. Si usted siente la soledad de vivir lejos de su ciudad natal, el Señor es quien la protege. “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, ellos no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador” (Isa. 43:2, 3).

El Señor bendice, cura y atiende a todos los que se acercan a él. Perseveremos en oración y fe viva, activa. Estemos atentos para que no haya ningún tipo de discriminación en su hogar, trabajo o iglesia. Que de nuestros labios no salga ninguna expresión de desesperación ni discriminación. Que la convicción de recibir la bendición de Dios sea tan real en nuestra vida como lo fue para la mujer cananea.

Ahora tenemos la oportunidad de humillarnos delante de nuestro Salvador y presentarle nuestras dificultades con relación a lo que estudiamos esta noche.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 15:21-28, y la obra de Elena de White: *El Deseado de todas las gentes*, p. 365. Capítulo 43: Barreras quebradas.
